



Eduardo Garzón
**Desmontando los mitos
económicos de la derecha**

Guía para que no te la den con queso

Índice

Portada	
Dedicatoria	
Introducción	
1. Combatiendo los mitos sobre los conceptos de economía y de mercado	
2. Desmontando los mitos sobre el dinero	
3. Desmontando los mitos sobre el déficit público y la deuda pública	
4. Desmontando los mitos sobre la inflación	
5. Combatiendo los mitos sobre el crecimiento económico	
6. Desmontando los mitos de lo público y lo privado	
7. Desmontando los mitos sobre el trabajo	
8. Desmontando los mitos sobre las pensiones	
Epílogo	
Agradecimientos	
Bibliografía	
Notas	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A mi madre, porque su personalidad, su don de gentes
y el amor que siempre desprendió la hicieron inmortal*

INTRODUCCIÓN

Después de leer aquellas páginas tenía una mayor seguridad de no estar loco. Encontrarse en minoría, incluso en minoría de uno solo, no significaba estar loco. Había la verdad y lo que no era verdad, y si uno se aferraba a la verdad incluso contra el mundo entero, no estaba uno loco.

1984, GEORGE ORWELL

Vivimos en un mundo insultantemente desigual, en el que las 62 personas más ricas del planeta acumulan la misma riqueza que los 3.600 millones más pobres,¹ en el que el 10 % más rico del planeta tiene más de la mitad de la riqueza del planeta,² y en el que se estima que hay 925 millones de personas que se encuentran en situación de hambre crónica a pesar de que el planeta Tierra genera dos veces más alimentos de los que sus 7.300 millones de habitantes precisan para vivir.³ Además, estas desigualdades se repiten a escala estatal en la inmensa mayoría de los países. En el caso de España, veinte personas tienen tanto dinero como el 30 % de la población;⁴ un 28,76 % de la población está en riesgo de pobreza y exclusión social;⁵ hay futbolistas que ganan el equivalente a 1.688 sueldos mínimos; el número dos del BBVA se ha jubilado con una pensión de 4.900 euros al día (y tiene 56 años); el número uno de Iberdrola gana actualmente 42.000 euros al día; 133 banqueros españoles cobran más de 2.700 euros al día, y estamos en el puesto número 10 de los 200 países que hay en el planeta en número de multimillonarios (hay más de un millón).⁶ Para más inri, estas desigualdades, en vez de reducirse, no ha-

cen sino acrecentarse en el tiempo; cada uno de los 500 españoles más ricos tiene un patrimonio superior a 30 millones de euros, el doble que cuando comenzó la crisis.⁷

Toda esta enorme desigualdad contrasta con el apabullante y extraordinario progreso tecnológico que ha alcanzado la sociedad humana y que nos permite llevar a cabo verdaderos milagros: somos capaces de poner los robots a trabajar por nosotros, de viajar a la Luna y explorar el universo, de curar enfermedades que hasta hace muy poquito tiempo pensábamos que eran por completo incurables, de comunicarnos en tiempo real independientemente del lugar del planeta en el que estemos, de viajar a lo largo y ancho del mundo a velocidades de vértigo, de volcar todo nuestro conocimiento en un espacio virtual al alcance de todos, etc. Y a pesar de todo ello nos dicen que no somos capaces de garantizar un nivel de vida digno a toda la población. Y no solo eso, sino que ¡últimamente se atreven a afirmar que necesitamos trabajar más y cobrar menos para que la economía salga adelante! Es evidente que aquí hay gato encerrado; no hace falta ser economista (ni economista de izquierdas) para comprender que no es lógico que las generaciones actuales tengan que vivir peor que sus padres a pesar de disfrutar de un mayor avance tecnológico.

Es natural, por lo tanto, que cualquier persona con mínima sensibilidad social y que medite sobre ello se lleve las manos a la cabeza y se pregunte cómo es posible que como sociedad permitamos tales aberraciones. Pero encontrar la respuesta no es tan sencillo como hacerse la pregunta, porque cuando lo intentamos, nos topamos siempre con un formidable muro conformado por planteamientos y alegatos con apariencia científica —cuya manifestación adopta mil formas diferentes— que están orientados a justificar el *statu quo* y que nos hacen dudar de nuestra propia intuición. Frente a cualquier propuesta bienintencionada que sugiera un reparto más equitativo de la renta y la riqueza como modo de paliar las desigualdades aparece siempre

un imponente cuerpo teórico económico que nos invita a desechar la idea bajo la excusa de la imposibilidad de lograrlo sin causar enormes perjuicios en el bienestar general. Es la historia de siempre: «Ojalá, pero no se puede, no seas iluso/a. Si crees que es posible es porque no tienes suficiente formación en economía».

Sin embargo, en este libro se impugna esa idea y se explica que por supuesto que se pueden aplicar políticas económicas que beneficien a los más desfavorecidos sin poner en riesgo el desarrollo económico y tecnológico, y que en todo caso esas aseveraciones políticas disfrazadas de ciencia no son más que herramientas que utilizan los poderosos para conservar sus privilegios. La mejor forma de entender adecuadamente la economía, para además poder ponerla al servicio de la mayoría social, es deshacerse de las mentiras que la derecha económica nos transmite sin cesar a través de casi todos los poros del sistema.

La economía suele ser presentada con una apariencia muy técnica, repleta de números e indicadores aparentemente complejos que provocan el distanciamiento de cualquier persona que quiera adentrarse en su mundo sin demasiadas dificultades. Esto no tiene por qué ser así: para entender la esencia de los fenómenos económicos no hace falta disponer de ninguna formación académica compleja, ni siquiera de índole matemática. La economía es algo más sencillo de lo que parece; lo único que hay que hacer para comprenderla bien es asimilar que la política y la economía son dos caras de la misma moneda, que la situación económica actual beneficia a unos y perjudica a otros, y que los primeros intentarán por todos los medios conservar sus privilegios. Uno de esos medios consiste en manipular la información o directamente en mentir, y la ciencia económica es precisamente uno de los espacios más importantes en los que se despliega a fondo esa estrategia.

Este libro está pensado en especial para todas aquellas personas que, sin tener apenas ningún tipo de conocimiento o formación en economía, quieran dotarse de herramientas básicas para desmontar los manidos argumentos de la derecha económica que impiden el progreso social de nuestras comunidades. Por eso se utiliza un lenguaje asquible y sencillo, libre de tecnicismos, que pueda ser entendido por cualquier lector sin importar sus conocimientos económicos iniciales. Todo ello, por supuesto, se hace sin faltar un ápice al rigor, y ofreciendo al mismo tiempo una visión relativamente novedosa que sorprenderá incluso a los que más inmunes se sienten frente a las mentiras de la economía convencional, por lo que hasta el lector más formado en economía (y en particular en economía crítica o no convencional) podrá enriquecer su esqueleto de conocimientos.

Son innumerables las veces que me han pedido la recomendación de un libro que aborde los elementos más básicos de la economía pero desde una perspectiva de izquierdas. Sinceramente, nunca he sabido dar una respuesta única que me dejase satisfecho, por lo que siempre acababa aconsejando la lectura de varios libros y varios textos. Con este libro pretendo resolver ese vacío, pues en él al fin y al cabo recojo los conceptos más básicos de la economía desde un enfoque de justicia social, con un planteamiento holístico y global que va más allá de los detalles y particularidades de una economía nacional en concreto, y con un lenguaje asquible para todo el mundo; es decir, una *rara avis* en el universo literario económico. Para ello utilizo lo mejor de cada una de las corrientes económicas no convencionales, que van desde el análisis marxista hasta corrientes poskeynesianas, pasando por innovadoras visiones como la Teoría Monetaria Moderna; siempre, por supuesto, desde mi propia interpretación. No obstante, puesto que este libro es de carácter divulgativo, no he querido aburrir al lector explicando en qué corriente de pensamiento me

estaba basando en cada uno de los capítulos, por lo que ese descubrimiento, de darse, corresponderá a la pericia del que esto lee.

En cada uno de los ocho capítulos que conforman el libro se aborda un concepto básico e importante de la economía. No obstante, las explicaciones siguen una tendencia progresiva que suele utilizar lo ya analizado en capítulos anteriores, de forma que se recomienda una lectura secuencial y ordenada de todos los capítulos. Ahora bien, ello no es incompatible con aproximarse a cualquiera de los capítulos sin haber leído los anteriores, aunque sería deseable que sí se haya leído al menos el primer capítulo, pues este es al fin y al cabo de naturaleza introductoria. Los capítulos 3 y 4 no son solo los más extensos, sino también los menos sencillos de seguir si no se dispone de una formación básica en economía, debido a la complejidad de los conceptos que se abordan; pero no hay ningún problema en ignorarlos si su lectura resulta demasiado engorrosa o incómoda.

Espero y deseo que este libro les sea de utilidad a todas aquellas personas que tienen interés en entender cómo funciona el mundo en el que vivimos y qué se puede hacer para lograr que sea más justo y equitativo.

1

COMBATIENDO LOS MITOS SOBRE LOS CONCEPTOS DE ECONOMÍA Y DE MERCADO

El estudio de la economía no tiene por objeto la adquisición de un conjunto de recetas preparadas para los problemas económicos, sino aprender a no dejarse engañar por los economistas.

JOAN ROBINSON

¿QUÉ ES LA ECONOMÍA?

Normalmente cuando alguien oye o lee la palabra «economía» piensa de inmediato en billetes, en números, en empresas, en la bolsa, en gráficos... Eso es lo que por lo general se asocia a la economía porque es lo que estamos acostumbrados a ver a nuestro alrededor cuando se habla de ella. Las películas sobre economía suelen ser de negocios empresariales, habitualmente de tipo financiero; en las secciones de economía de los telediarios siempre nos hablan de la evolución de la bolsa (aunque muy pocos televidentes entiendan qué es exactamente eso y en qué les afecta); en las facultades de económicas las asignaturas suelen estar repletas de números, de gráficos y de ecuaciones; etc. Todo ello le ha conferido a la economía un cariz frío, técnico, antipático y extremadamente árido. «A mí no me hables de economía, que yo soy de letras y no de números», «Recoge

el dinero para pagar la cena tú que eres economista», «¿Eres economista? Entonces tienes que tener pasta», son solo algunas de las frases que inundan nuestra vida cotidiana y que reflejan la imagen de la economía que impera en el imaginario colectivo.

Pero lo cierto es que esa es una imagen inexacta y absolutamente desfigurada de lo que de verdad es la economía. Los números, los billetes, los gráficos, las empresas y la bolsa son elementos de la economía, es verdad, pero conforman solo una pequeñísima parte de esta. La economía va mucho más allá: engloba toda aquella parte de la realidad que tiene que ver con la producción de bienes y servicios, su distribución y su consumo, haya o no empresas de por medio, juegue o no el dinero algún papel. La segunda acepción del término en la Real Academia Española ayuda a entender lo que quiero decir: «conjunto de bienes y actividades que integran la riqueza de una colectividad».

Por ejemplo, cocinar y comer en casa forma parte de lo que debemos entender por economía, independientemente de que se cobre o no por ello, porque en ese proceso se utilizan y transforman recursos naturales y humanos con el objetivo de satisfacer una necesidad humana. También forma parte de la economía el cuidado de las personas (servicio médico, servicio educativo, servicio social, etc.), se cobre o no por esa actividad, puesto que en ese proceso se emplea el trabajo humano para cubrir necesidades. Pero es que cuidar del medio ambiente también es economía, porque asimismo dedicamos tiempo y esfuerzo a realizar una actividad para satisfacer una necesidad determinada.

El lector seguramente creerá que todo esto es, cuando menos, una exageración, porque se están considerando demasiadas cosas como componentes de la economía, y por esta regla de tres casi todo en esta vida podría ser considerado como tal. Pero es que realmente es así: la economía es transversal a casi todas las dimensiones de nuestra vida y nos afecta a través de multitud de vías y de formas

diferentes. Nuestro empleo, nuestros ingresos, nuestros impuestos, nuestra educación, nuestra salud, nuestro ocio... todo ello es indisociable de las relaciones económicas que tienen lugar en nuestra sociedad con el objetivo de satisfacer necesidades. Todo está impregnado por la economía, y es inevitable que así sea cuando uno entiende el verdadero significado y alcance de esta disciplina.

Pero no es que yo esté descubriendo el Mediterráneo con estas afirmaciones. Los aspectos vinculados a la producción, distribución y consumo han estado siempre integrados dentro de las formas de pensar la sociedad en su conjunto. Esto empezó a cambiar cuando surgió la disciplina de la economía política con Adam Smith en el siglo XVIII y cuando la economía se independizó «teóricamente» de la sociedad. Desde entonces, la manera de entender la economía fue quedando desprovista de todo contacto con su entorno social, limitándose prácticamente en exclusiva al intercambio de mercancías.

Esto es así porque la forma de entender la economía no ha sido siempre la misma, sino que ha sufrido numerosas e importantes transformaciones a lo largo de toda la historia del ser humano. Además, en ese curso continuo de alteraciones, los estudiosos de la economía difícilmente han estado de acuerdo, ya que por lo general han centrado su atención en elementos muy diferentes y variados. La explicación de estos fenómenos es que existe una gran diversidad de corrientes o formas de abordar el estudio de las cuestiones económicas. En definitiva, los analistas no se han puesto de acuerdo en precisar exactamente qué es lo que debe estudiar la economía y cómo debe hacerlo.

¿Y por qué ocurre esto? Básicamente porque la economía es una ciencia social y no una ciencia de la naturaleza, a pesar de que a menudo se la intente presentar como tal.

DIFERENCIAS ENTRE UNA CIENCIA DE LA NATURALEZA Y UNA CIENCIA SOCIAL

Las ciencias de la naturaleza son aquellas que tienen por objeto de estudio la naturaleza, como por ejemplo la física, la astronomía, la geología, la química, la biología... En cambio, las ciencias sociales son aquellas que tienen por objeto de estudio las sociedades humanas, como por ejemplo la economía, la politología, la historia, la psicología, el derecho... Existen muchas diferencias entre los dos tipos de ciencias. Veamos las más relevantes.

Los científicos de materias de la naturaleza estudian la realidad de una manera distanciada. Cuando un astrólogo, por ejemplo, estudia los astros, sabe perfectamente que él mismo está situado en un plano distinto de la realidad que estudia. Se enfrenta a fenómenos que no puede modificar a su libre voluntad y con los que no interactúa. El objeto que se analiza, en este caso los astros, no alterará su curso por el hecho de ser observado. En cambio, no ocurre lo mismo en el campo de las ciencias sociales. Cuando un investigador de cualquier rama de esta ciencia, un economista por ejemplo, se empeña en estudiar la realidad social, se encuentra ante un complejo haz de interinfluencias mutuas entre él y lo investigado. El economista no es completamente ajeno a las cuestiones objeto de su atención, porque él mismo es parte de la realidad social. De igual manera, cuando las personas son observadas en sus comportamientos, son influidas por la propia observación. El clásico ejemplo lo conforman las encuestas electorales: la mera observación de la realidad —consultar a las personas cuál es su elección preferida de voto— puede alterar esa misma realidad, ya que en función de los resultados de la encuesta, algunos potenciales votantes pueden replantearse su elección. Es evidente que esto no pasa en las ciencias de la naturaleza; por ejemplo: debido a la fuerza de la gravedad un

cuerpo va a tender siempre a caer independientemente de que ese cuerpo esté siendo observado o analizado por una persona.

Esto se debe al simple hecho de que los seres humanos son entes libres, con voluntad propia y con capacidad de realizar cambios en su entorno, en contraposición con los elementos estudiados en una ciencia natural. El comportamiento de estas personas que son objeto de observación es influido y puede ser alterado por los análisis de observación.

Además, las ciencias de la naturaleza cuentan con una ventaja indiscutible que no poseen las ciencias sociales: el de la verificación de los resultados mediante la repetición de experimentos. El carácter fijo y no errático de los elementos de la naturaleza permite al científico realizar experimentos y tener la seguridad de que los resultados no van a ser modificados por ningún componente de libre albedrío; es decir, un físico puede soltar un cuerpo pesado y medir cuánto tiempo tarda en llegar al suelo desde una determinada altura. Ese experimento lo podrá repetir infinitas veces en las mismas condiciones de entorno siendo plenamente consciente de que el resultado será siempre el mismo, pues la masa del cuerpo y la ley de la gravedad no van a cambiar. Repetir el experimento le servirá para confirmar que el resultado que ha obtenido es el acertado. Sin embargo, si un científico social quiere poner a prueba algún resultado obtenido en un experimento, nunca podrá volver a repetir el experimento en las mismas condiciones. Un economista, por ejemplo, podría intentar averiguar qué productos compra un determinado consumidor con una renta determinada. Pero si tratara de repetir el experimento, se daría cuenta de que el resultado no tiene por qué ser siempre el mismo porque tampoco lo son las condiciones iniciales. Lo mismo ocurre en unas elecciones: es imposible repetir los comicios en idénticas circunstancias y, por lo tanto, es seguro que no se obtendrá el mismo resultado. La li-